

LUIS TAMARGO

ENTRE DIOSAS

SANTANDER

2004

© Luis Tamargo Alonso

luistamargo@saludalia.com

Santander, 2004.

Depósito legal: CN-104-04.

A mis amigos

Índice

Prólogo

ENTRE DIOSAS

Alas
Sin rastro
A primera vista
Mientras llovía
Espesura
Algo de diplomacia
Malentendido
Nadie sospecha
Diosas de Piedra
Una gran idea
Trueno de Agua
La visita
Contra el cielo
Mil metros libres

PRÓLOGO

"Su libro llama la atención por su seriedad y su estilo depurado, y que está en general bien escrito y corregido. Denota también cierta madurez narrativa dentro de un género tan difícil como el del relato corto".

Eva Rivas.
(Edición Personal)
Abril 2002.

"Colección de narraciones breves que en las más de las ocasiones roza la prosa poética. En la mayoría de los textos, que se hilan sin solución de continuidad a pesar de la diferencia de contenidos y personajes, el lirismo va marcando el ritmo narrativo y se convierte en protagonista aparente del libro. Valoro muy positivamente el estilo narrativo que tiene el autor. Digo, y no lo hago gratuitamente, que la prosa está escrita con brillantez, huyendo de lugares comunes y de estereotipos. Arriesgando y consiguiendo unas formas propias y, en determinados casos, sorprendentes. Y en sorprender consiste buena parte de la esencia del arte.

Debe saber el autor que la comercialización, distribución y promoción de los libros de relatos, más de tono lírico, son complejas en estos comerciales tiempos que nos ha tocado capear.

Animo al autor a seguir trabajando nuevos estilos y descubrir su propio camino literario. Estos pasos que nos presenta son prometedores".

Silvia Pérez.
(Imagine Ediciones)
Diciembre 2002.

"Se trata de un conjunto de relatos breves donde convive el interior del hombre (su naturaleza, obsesiones, temores) con un mundo edificado sobre mentiras, envidias y desinterés por los semejantes.

El lenguaje utilizado es rico y lírico en ciertas ocasiones, intercambia lo coloquial con lo poético. Se utilizan normalmente sentencias potentes tanto en la introducción como en la conclusión de cada narración acompañado de cierta musicalidad narrativa innata y muy particular. A veces es detallista en las descripciones lo que aporta a los textos capacidad evocadora y un ritmo de fácil lectura".

J.D. Alvarez.
(Editorial Atlantis)
Noviembre 2005.

ALAS

*“Tiene gracia. No cuenten nunca nada a nadie.
En el momento en que uno cuenta cualquier cosa,
empieza a echar de menos a todo el mundo”.*

J. D. Salinger.

Hubo un tiempo en que la historia esperaba para escribirse al día siguiente. Por entonces, el mundo se bastaba a sí mismo, pero para el joven Kumbi nada resultaba extraño y sí nuevo todo lo que acontecía desde que el dios Chen'za se ocultaba hasta que volvía a renacer. Todo lo lejos que alcanzaba su memoria siempre había sido así, lo había escuchado en los consejos de la tribu de boca de los guerreros más aguerridos. Ahora era su turno. Desde el confín de los orígenes la selva había marcado la ley de sus antepasados. Para un indio tupúa esto significaba un paso adelante en el crecimiento como ser.

Kumbi abandonó el poblado, desnudo, mientras la tribu entera le daba la espalda. Formaba parte del rito. Atrás dejaba la infancia y, al regreso de su aventura, volvería con las alas del Cutzhul, pájaro de cresta azul, el trofeo que lo convertía en adulto y lo transportaba a su verdadero sitio en la tierra. Se internó allá donde se perdían las sendas, temeroso, pero con orgullo, ataviado tan solo con las pinturas de guerra que el anciano Schamá le trazó sobre el rostro como correspondía a un futuro jefe. Desde un principio advirtió el peligro, aquella espesa sensación a su alrededor. También lo aprendió en los consejos; el gran guerrero Endaole contó en una ocasión cómo hubo de transformarse en árbol para descubrir la faz de sus perseguidores. Por eso, Kumbi tomó raudo sus precauciones, dispuesto a superar las tres pruebas que lo devolverían victorioso a la aldea. La más compleja de ellas, para su sorpresa, fue la primera en realizar con éxito. Agradeció a los dioses la circunstancia de disponer el encuentro con aquel cadáver de caimán y lo tomó como un inmejorable presagio. Confeccionó con la piel del reptil un taparrabos para cubrirse y, avezado por el triunfo, se preparó para la prueba siguiente.

El ave de cresta azul habita las copas altas de los bálibos, que abundan en los lugares húmedos y pueblan las orillas de los ríos. Encaramado en lo alto, el joven guerrero acechaba el aleteo nervioso

de los pájaros sagrados; su tronco erguido y el entramado de sus ramas lo convertían en el observatorio ideal. Una noche en que la vieja hermana Toancal menguaba pudo vislumbrar desde su refugio el motivo de su escondido temor... La sombra del fiero Jagua rastreada entre el follaje y el indio supo que no quedaba mucho tiempo, aunque tampoco durmió aquella noche.

Inició la vuelta al poblado con su tocado de plumas azules recién estrenado, ansioso por abrazar a la pequeña Laioa, su recompensa por cruzar el umbral de la adolescencia. En la última prueba, el Schamá, encarnación viva del dios supremo, concedía el don del guerrero a la vista de los méritos obtenidos y en presencia del resto de la tribu. Pero antes de que toda la comunidad celebrase la fiesta de su madurez el iniciado debía de esperar la llegada del alba nueva para su entrada triunfal en el poblado.

Coincidió por entonces que la ausencia de la hermana Toancal no iluminaba la noche y que el aliento del Jagua rondaba aún más cerca de sus pasos. Cuando el indio cruzó la oscuridad del poblado burlando el sueño de los centinelas su júbilo victorioso no le cabía dentro de sí. No le fue difícil encontrar la cabaña de la bella Laioa, tantas veces que soñó con su encuentro; se habían criado juntos y ahora, por fin, podrían formar pareja, pues tal sería el deseo que le concedería su nuevo rango a la mañana siguiente.

Ya despuntaban los primeros rayos del Gran Padre Chen'za cuando los guerreros tupúa empuñaron sus armas dispuestos para la caza. Fue entonces, en el linderos con la selva cuando hallaron los restos de sangre y plumas azules diseminados entre señales de lucha. No muy lejos, colgado de una rama rota, pendía el deshilachado taparrabos de piel. Y entonces, lo descubrieron... la silueta moteada del jaguar desapareció de un ágil salto entre la vegetación. Dicen que la ira del dios del Mundo fue tan inmensa que de una pisada borró la tribu tupúa de la faz de la selva...

-Créame, amigo, ahí abajo viven seres que cambian para seguir siendo. El verdor de ese universo frondoso tiene un precio...

El teniente había escuchado durante el trayecto la historia del viejo nativo, que gesticulaba con vehemencia al tiempo que pilotaba el aeroplano. Manejaba los mandos con la maestría de un veterano maquinista ferroviario. Sobrevolaban la isla cuando el teniente se inclinó hacia la ventanilla. En aquella zona, efectivamente, la costa semejava la huella de un gigantesco pie... Por un momento quedó absorto en la idea de un dios enfadado por la ineptitud de sus fieles.

Desde la altura, el corazón verde de la selva brillaba como una joya sagrada.

El ala del aparato le sacó del estupor, al virar, y sonrió para sus adentros. La misión tocaba a su fin. Podría ahora felicitar a los muchachos.

SIN RASTRO

Hay que conocer el lugar para admirar, más que para comprender, los milagros de la naturaleza. En aquella zona geográfica la costa se hunde con una ligera pendiente en el mar. Aquí, las formaciones rocosas son una prolongación suave del desierto que las precede, dando lugar a cavidades y galerías que horadan el pasillo costero.

Nummek se había criado allí y sólo él conocía el túnel que se bifurcaba hasta la altura de dos hombres para desembocar en la pequeña playa protegida, invisible desde el exterior. Ahora, el viejo Nummek también sabía que dentro del castigo existía una bendición. Su única hija nació con un acusado retraso que afectó la postura de sus manos y un defectuoso movimiento al andar. Pero aunque tampoco pudiese oír ni hablar, la pequeña Maahira fue un regalo para Nummek. Desde niña la llevó a la recóndita gruta de la playa, allí gateó sobre la arena, allí dio sus primeros pasos hasta sostenerse en pie, apoyada en la enorme mole de granito que se sumergía en la orilla. De joven, cuando Nummek estuvo en la capital, ya había visto otras esfinges similares aunque sin la piedra de jade en su frente. Para ganarse la vida allí muchos se dedicaban a desenterrar las ruinas en busca de reliquias y objetos del pasado; sus antepasados lo hicieron antes con las pirámides.

La esfinge de su playa descansaba semihundida en la arena con su busto desnudo y los brazos cruzados sobre el vientre; la joya verde que adornaba su frente le otorgaba un rango sagrado. El agua bañaba los signos escritos en la columna, que se perdía en el fondo, dando la impresión de que verdaderamente la diosa emergía del mar. Cuando Maahira se abrazaba a la esfinge y acariciaba su rostro una bella sonrisa inundaba la faz de la muchacha y, también, del alma del viejo Nummek desaparecía toda sombra de penalidad. Ese era su tesoro.

Como todos los días, regresaban del paseo en la costa al hogar cuando, al llegar, se encontraron con los arqueólogos. Nummek les dejó entrar a su humilde morada y trató de responder con cortesía a sus preguntas. La expedición rastreaba el área tras la pista de algún vestigio arquitectónico oculto como se desprendía de la interpretación de los manuscritos hallados recientemente, pero el viejo Nummek respondía ignorándolo todo. Un grupo de ellos hablaba entre sí, en

idioma extranjero, luego el guía se dirigió a Nummek en tono conciliador... No, no se proyectaba carretera alguna ni ningún complejo hotelero, ahuyentando sus preocupaciones; tan solo formaban parte de una exploración programada para rescatar del olvido toda posible ruina de valor arqueológico notable.

Nummek sujetó con fuerza el brazo de su hija Maahira, que no cesaba de golpearse la frente, nerviosa. Y con un gesto de desolación explicó a los científicos que todo cuanto allí había lo tenían a la vista, desde el polvo árido de la tierra que pisaban hasta el océano inmenso que devoraba al mismo desierto. El cartógrafo trazó una línea roja sobre el mapa extendido en la mesa y, luego, el guía señaló con su dedo índice el itinerario nuevo a seguir en dirección este, una vez descartado aquel mísero territorio.

El viejo Nummek contempló a los expedicionarios alejarse por donde habían venido... Había aprendido a aguantarse las penas, a guardar secretos. Porque sabía que a toda maldición le acompaña un regalo de los dioses. Sólo eso le pedía a su diosa, se contentaba con aquella sonrisa... A cambio, él velaría su sueño sagrado.

A PRIMERA VISTA

Desde pequeña sobresalió por su carácter desobediente e indomable. Su padre lo achacaba a que nació cuando las mareas decrecían, pero sabía que la naturaleza de los seres está marcada por el entorno en que crecen y se desarrollan y, por ello, albergaba la esperanza de que algún día ella misma encontrase la medida justa. Sin embargo, lejos de agrandar las expectativas de sus progenitores, la niña gustaba de arriesgarse siempre hacia límites más ignotos e inexplorados ya impulsada por sus irrefrenables ansias de conocer ya por poner así de manifiesto la rebeldía de su carácter.

A menudo recalaba en aquella zona apartada de la costa, al otro lado de la barra de arrecifes, una frontera que traspasaba con indiferente atrevimiento a pesar de las inútiles advertencias de sus amistades más preocupadas. En una ocasión, mientras se bañaba entre las rocas, se vió sorprendida al emerger de repente de una de sus zambullidas. A sus espaldas oyó el silbido melodioso y el chapoteo inconfundible de una embarcación. Cuando se volvió, el hombre silbó de nuevo al descubrir sus pechos desnudos y, desde cubierta, se echó a reír, abriendo mucho los ojos y saludando con la mano abierta mientras se alejaba.

A ella le gustó su porte distinguido desde el puente de mando, su aire resuelto y simpático, su esbelta figura recortada entre los azules de cielo y mar. Esa fue la primera vez que lo vio. Después, a lo largo de sus osadas correrías, se ocupó de averiguar dónde continuar observándole a escondidas, con curioso detenimiento. Así, desde la distancia, se fue fraguando un sentimiento de amor oculto que daba respuesta a sus inquietudes y, a la vez, colmaba todas sus ansias de exploración.

En otra ocasión, contempló desde la playa las luces que engalanaban la Gran Mansión y la fiesta que allí celebraba el Capitán, en honor de su tripulación, con motivo del Día del Mar. El lujo y la pomposidad se reflejaban en los uniformes solemnes y en los elegantes vestidos de las mujeres que bailaban en los espaciosos salones, bajo las enormes lámparas de lágrimas, al son de la música orquestada.

Desde la ventana, la muchacha observaba boquiabierta tal fastuosidad, al tiempo que buscaba con la vista la atractiva figura de su

amor de ensueño. Por fin, lo descubrió al fondo, brindando con su copa entre los comensales, casi al mismo tiempo que él se topó con sus ojos vidriosos tras el cristal. Con la copa en alto, el Capitán quedó inmóvil por un instante, para luego intentar abrirse paso entre la muchedumbre. El Capitán atravesó el jardín escrutando cada rincón hasta llegar al límite con la playa, desazonado, sin encontrarla.

La muchacha se había dado cuenta, sabía que no podía permanecer allí por más tiempo y huyó por la parte trasera hacia la playa, rápida, para sumergirse antes de que nadie pudiese descubrir su cola de pez... La sirena dejó tras de sí un rastro ondulado de reflejos de plata.

MIENTRAS LLOVÍA

Lo encontraron entre los escombros de la pared semiderruida. De allí se lo llevaron, lo sacaron por el jardín y la sirena de la ambulancia dejó asustada la calle con su estridente alarido, mientras llovía.

Su último recuerdo se remontaba al cuadro de la joven Sara, el regalo de su sobrina que no descubrió hasta pasados dos años del aniversario y que repentinamente cobró nuevo sentido para sus ojos.

...Un sendero ascendía entre el monte. A un lado, la cerca custodiaba los prados de un verde primavera; al otro, se perdía la huella en la sombra densa de un fornido roble de copa poblada. En lo alto, una hilera apretada de hayas apuntaba la avanzadilla de un bosque que se adivinaba inmenso en acusada pendiente hacia la otra ladera. Las nubes algodonosas resaltaban de entre el azul y un viento de tinte grisáceo deshilachaba sus finos hilillos al paso de dos golondrinas que, en acrobática pirueta, amenizaban el horizonte montañoso...

Permaneció dubitativo, absorto, durante unos interminables instantes, estudió el lienzo; le intrigaba la silueta confusa que dibujaban las ramas frondosas del roble con la vegetación que lo rodeaba. Tal vez una figura sentada de costado, tal vez agachada como si recogiera algo... No consiguió descifrar el enigma, pero lo resolvió optando por creer que la pintora, su sobrina artista, quiso abocetar sin éxito una gruesa piedra de superficie rugosa. Le cautivó el ambiente que respiraba la pintura, la luz fuerte del cielo y el contraste suave de grises que teñían de frescor la escena.

...Solo recordaba que se dispuso a colgarlo, decidido a concederle el honroso privilegio de adornar la sala y abandonar así el cautiverio del empolvado rincón. Fue a la cocina y cogió el martillo y un puñado de clavijas del cajón de las herramientas. Ya había elegido el sitio preciso de la pared donde descansaría el lienzo, pero le era imposible recordar más. Hasta ahí llegaban sus recuerdos y la niebla que se extendía desde el antes hasta el después era igual de espesa que la lluvia que caía delante de él y de los cristales de aquel mirador. En el hospital lo postraron con aire resignado frente al gran ventanal, casi convencidos de su inútil solución. Allí, en aquel pabellón ya habían alojado casos similares sin esperanza, abandonados al consuelo de una medicación o de un milagro. Los familiares sabían lo que aquello representaba, no

quedaba más que esperar a que el tiempo pasara igual de inadvertido que él hasta agotarse, hasta que toda huella de vida quedase borrada. Sin embargo, a él nada parecía importarle, no podía reconocer los rostros de sus familiares allegados ni siquiera prestaba atención a su presencia. Nada significaban los lamentos ni las preguntas ni aquella expresión horrorizada de su sobrina cuando le visitaba, tampoco podía escuchar sus palabras...

-El loco, el loco.... -musitaba sin creérselo aún la muchacha, mientras salía de la habitación mirándole de reojo a modo de despedida.

Sólo recordaba que empuñó la herramienta y, al descargar el primer golpe, se coló dentro del cuadro... Se encontraba tan a gusto allí mientras afuera llovía. El asiento de piedra no era tan duro como a simple vista le había parecido. Desde aquella tonta caída no era el mismo, era incapaz de recordar algo de lo sucedido en el pasado y lo más curioso era que tampoco le importaba. Sentado en la silla de ruedas frente a los cristales empañados, los familiares le observaban escudriñando un indicio de luz, mientras él permanecía ajeno a sus ademanes, ido, sin hacer nada para remediarlo. Él sabía que había cambiado desde que se cayó en el cuadro, algo debió de romperse para que se parase el mundo mientras que afuera llovía...

ESPESURA

Aún no había amanecido y era muy probable que aquella mañana gris nunca lo haría. El temporal golpeó con saña durante toda la noche anterior y, con el alba, llegó la esperada calma para las zarandeadas copas del bosque. En el semblante húmedo de cada árbol se reflejaba el triste presagio de lo que ya sabían no iba a ser un día fácil. Al Hermano Grueso lo había alcanzado un rayo en su parte media y la agonía se precipitaba ya hacia su desgarrador final. El bosque entero lamentaba su pérdida y, agolpado en torno suyo, arrojaban su último aliento con un cántico de hojas.

El Hermano Grueso era un veterano, había sobrevivido a cientos de nevadas y de tormentas si cabe más peligrosas que aquella. Incluso, cada año, había vencido el cerco de los fuegos que diezaban la población. En muchas ocasiones alentó con su canto a los otros árboles heridos o moribundos, como ahora lo hacían con él. En las hermosas noches de luna sus historias sirvieron de lección para los Tallos Tiernos; les contó del curioso ser que viene del exterior, sordo a sus súplicas, y que cercena los troncos de los hermanos más robustos. Esa extraña criatura era la misma que cada verano incineraba la paz y rompía la calma de su hogar. Todos reconocían su sabiduría y, apenados, le animaban para que aguantara mientras se iban despidiendo uno a uno.

El grueso árbol sabía que caería, inclinado ladera abajo, justamente cuando el dolor de su costado alcanzara el umbral insostenible... Y con un quejido ronco quebró el horizonte del bosque para caer de lleno, con estrepitoso acierto, sobre el vehículo que ascendía por la carretera arriba.

Los árboles contemplaron estremecidos el impacto. Luego, llegaron las otras máquinas y los gendarmes, que apartaron el grueso tronco. A los bomberos les costó trabajo sacar el cuerpo sin vida del conductor, así como rescatar sus pertenencias de entre aquel amasijo de chatarra. También encontraron las mechas, en gran cantidad, y el combustible preparado para impregnarlas... La noticia corrió rápidamente por la comarca, casualmente habían dado con el pirómano.

En la espesura del bosque flotaba el alivio de una canción, tal vez un susurro de hojas...

ALGO DE DIPLOMACIA

El percutor volvió a girar y un chasquido sordo le dijo que no era aquel su momento. El japonés cogió el arma y, después de hacerlo rodar, lo entregó a su oponente, un birmano que sudaba copiosamente. Sin embargo él estaba frío, no podía sudar. Se preguntaba por qué tardaban tanto... Creyó que con encontrar el lugar donde se practicaba aquel juego mortal su misión concluía por fin. Había estado durante largos meses intentando introducirse en aquel círculo inmundo de tráfico de personas y ahora se hallaba apostando su vida a la suerte de una bala caprichosa. El birmano pasó el brazo sobre la frente sin hallar alivio, minutos antes habían retirado el cadáver de un esbelto joven polaco a quien no acompañó la suerte en aquella fatal ruleta. Esta vez el árbitro japonés le tendió la pistola, era su turno. Alrededor, el reducido grupo de apostantes hacía circular los billetes en una grotesca jerga de gestos y un murmullo creciente se abrió paso entre las densas bocanadas de humo que asfixiaban el local. Sí, tardaban demasiado, no podían hacerle esto a él en su último día de trabajo; mañana era Navidad, comenzaban sus vacaciones. Posó el cañón sobre la sien y se perdió en el pensamiento de que algún error imprevisto había ocurrido cuando de repente el murmullo de los asistentes explotó en desorden y tumulto. Los policías irrumpieron en bloque voceando y con las armas en alto. Algunos intentaron huir, pero afuera los coches de los agentes aguardaban en una perfecta emboscada. Se dejó cachear, era lo establecido. Fue conducido con el resto de detenidos a las dependencias policiales y allí, en una sala aparte, esperó la llegada del Inspector Jefe...

-...Puede usted marcharse, agente. ¡ Felices vacaciones!

Llevaba dos años destinado en Europa central, desde que los vientos desfavorables comenzaron a soplar en Oriente Medio y su aspecto de diplomático europeo le delataba, imposible de disimular. Sonrió con ironía al recordar las palabras del comandante... Sí, un funcionario del gobierno, pero con la vida de cada día al borde del abismo. Echó un vistazo al reloj, no podía perder el tiempo si quería disfrutar de las vacaciones que tanto merecía, en casa le esperaban la pequeña Nadia y su esposa, ansiosas.

Cuando llegaba al motel distinguió un pequeño grupo jóvenes apostado frente a la entrada. Desistió de recoger equipaje alguno y se felicitó por la buena costumbre de dejar aparcado su vehículo a dos manzanas del lugar donde residía. Puso dirección a las afueras, hacia la playa. Luego, mezclado con la oscuridad de la noche, escaló el acantilado y rebasó la pendiente que ascendía hasta el monte. Arriba, pudo divisar las luces del aeropuerto y caminó entre sombras hasta llegar frente a la verja electrificada. Se tumbó, camuflado en el follaje del suelo, y ojeó de nuevo la hora... Sólo quedaba esperar. Según lo convenido, apareció al fin el vigilante con dos enormes perros atados, de ronda por el contorno de las instalaciones. Cuando estuvo a su altura el guardia miró el reloj, rebuscó entre el manojito de llaves colgado de la cintura y abrió la cerradura blindada, luego se alejó despacio sin soltar a los animales. Había llegado el momento, disponía apenas de minuto y medio para atravesar la pista y localizar el avión militar donde iniciar su viaje de vacaciones, de regreso a casa. Cruzó la verja y corrió hacia el lateral despejado donde ya rugían los motores del aparato. Subió la escalerilla como una exhalación, atronado por el ruido de las hélices. Ya dentro le recibió un oficial:

-Feliz Navidad, señor!

Se tendió entre los restos de mercancías de ayuda humanitaria en aquel avión sin asientos, dispuesto para afrontar un vuelo de casi dieciocho horas, algo menos si las turbulencias se lo permitían.

El chófer del Estado Mayor le llevó a casa, aseado y bien arreglado, con las medallas luciendo en el uniforme, a Nadia le encantaban. Se apeó dos manzanas antes y paseó hasta su calle, desde lejos divisó su hogar y, al acercarse, distinguió el árbol de Navidad brillante en el jardín y también dos rostros pegados al cristal, entre los monigotes de nieve. La puerta se abrió rápida, su mujer y la pequeña Nadia se abalanzaron sobre él con alegría...

-¡Papá, has venido, papá!

-Claro, Nadia, como siempre, hija!...

Mientras ambas le abrazaban sin cesar de reír y llorar, su esposa le besó al oído un susurro de anhelo contenido...

-Te queremos, Leo!

-...Yo también, cariño.

MALENTENDIDO

No era de extrañar que al doctor Edouard le resultase más atractivo el suave clima de la costa, sobre todo después de pasar el resto del año enclaustrado en el rutinario bullicio de la capital. El trayecto que separa ambos destinos es casi de cinco horas de viaje para aquel tren de alta velocidad de las que llevaba sentado ya más de la mitad, entregado a una callada concentración. Tan ensimismado andaba en sus hondas cavilaciones que aún seguía con la gabardina puesta, los últimos meses de trabajo habían requerido de especial dedicación y ahora se cobraban el exceso de la factura. Para un psiquiatra de prestigio, además, esto significaba poner en marcha los mecanismos de acción que cada día ensayaba con sus pacientes, aunque era el primero en reconocer lo dificultoso de predicar en el ejemplo.

Primero fue la señora Douglas, un caso típico de manía persecutoria, ya había resuelto antes situaciones si cabe más complejas, aunque no en una paciente tan adinerada. Luego llegó la viuda de Lenotre, dueña de una gran cadena de supermercados, pero condenada a una artritis feroz que le deformaba los huesos, una anciana prematura poseída por fantasmas del pasado, oscuras huellas de una juventud marcada por la miseria y la promiscuidad. En estos casos los tratamientos farmacológicos constituían el remedio idóneo. La enferma delegaba su voluntad en el medicamento, aliviada así de mayores responsabilidades. Pero el caso de Lisa Rivère, el último que le había ocupado, al mismo tiempo que le había entusiasmado como profesional le había sumido en una especie de controversia cruel consigo mismo. Le atrajo el desenfado de su juventud, su influenciabile capacidad de dejarse impresionar. Todos los desamores de Lisa se fundamentaban en el egocéntrico interés que motivó a sus pretendientes. Cuando se casó con el barón Bigongiari creyó que con el tiempo superaría cualquier diferencia derivada de edades tan distantes, pero hasta el viejo barón se permitió la licencia de marcharse con la primera que aceptó tontear a sus requerimientos. No existía fortuna en el mundo entero capaz de otorgar la dicha que la elegante señora Rivère ansiaba, a pesar de que sus cuentas bancarias precisamente gozaban de la mejor salud. No, sus penas no tenían precio, no se trataba de eso... El profesor Edouard la atendía con

pulcritud, sí, la escuchaba y, atento, inquiría sobre algún detalle para ella imperceptible, siempre con unos modales exquisitos. La señora Lisa necesitaba que alguien le prestara atención y si había de pagar para ello lo haría con uno de los mejores especialistas de la ciudad.

Al doctor Edouard no se le escapaba esta clara predisposición de su paciente, pero con la maestría propia de un malabarista circense sabía dónde encauzar sus temores, dónde ayudarle a descargar sus tensiones y dónde invertir las cuantiosas primas de sus consultas. Conocedor del terreno, jugaba con fuego, pero hábil en la suerte de inventarse salidas, conseguía imprimir confianza y ganarse la credibilidad del cliente.

Era mediodía y hacía calor. Se levantó del asiento para quitarse la gabardina y, doblándola sobre sus rodillas, volvió a sentarse. Sin embargo, con Lisa le ocurrió algo que nunca antes había sucedido en toda en su carrera. Tal vez fue por eso, porque también era joven y bella o tal vez porque desde que se divorció de su esposa no solo había sido incapaz de estar con otra mujer sino que incluso le había resultado imposible confiarse a alguna. Se refugió en el trabajo, desmedido, casi disfrazado tras una máscara de profesional riguroso, enmascaró sus necesidades, sus apetencias, hasta el más leve atisbo de afecto. Por eso la relación que surgió entre ambos le asustó tanto. Lisa se entregaba, impredecible e insegura, sostenida tan sólo por sus peroratas de estudiado efecto y eso a él le vaciaba, le provocaba un obsesivo acúmulo de sentimientos encontrados que, después de cada sesión, al finalizar cada relación, le recordaban con crudeza la fragilidad de su disfraz. Por ello se vio obligado a poner fin a la perjudicial tensión de aquella encrucijada.

Los viernes eran el único día de la semana que no había consulta de tarde, siempre tenía a mano la excusa de la ingente cantidad de informes que actualizar. Además, el fin de semana era suyo, viajaría al apartamento de la costa para renovar aires... A través de la puerta del compartimento divisó una pareja de policías y entonces cayó en la cuenta de que aún llevaba el abrecartas de metacrilato en el bolsillo de la gabardina. Se incorporó despacio y abandonó el vagón por la otra salida. Abrió con urgencia la ventanilla y tiró el puntiagudo abrecartas, la gabardina delataba manchas de sangre... Sintió tras de sí la puerta que se abría, los gendarmes llegaban y no podía articular palabra... Ya la habrían descubierto, acribillada, acuchillada en un charco de sangre en el pasillo de su casa, entre las ropas que esparció por el suelo en un intento de simular un atraco desesperado. Un nudo le aprisionaba la

garganta, sudaba, lo sentía, ahora iba a decir sólo que lo sentía. Por eso cuando oyó atrás la voz del policía...

-¿...Me permite, señor?

-Lo siento...

Se giró lento, impávido, dejando caer a sus pies la gabardina ensangrentada. El policía entró al servicio y el otro compañero le conminó en tono amble...

-Gracias, ¡tenga cuidado!...

El doctor Edouard se agachó a recoger la gabardina y, componiéndose el rostro, regresó a su asiento...

NADIE SOSPECHA

Corría el decimotercer año del recién estrenado milenio, aniversario de la gran deflagración. Blenda y Ruth ya habían dejado de ser las alocadas colegialas que traían en jaque los esforzados desvelos de sus padres, atentos en toda ocasión para que aquellas varitas tiernas crecieran sin torcerse. Al fin parecía que tanta preocupación había dado su fruto y ahora, convertidas en dos chicas responsables, se bastaban por sí mismas para ganarse el sustento con sus hábiles merecimientos. Ellas no lo conocieron, pero antes ya habían oído por boca de sus padres de los devastadores efectos de la gran crisis, aquellos duros tiempos que siguieron cuando el mundo entero se estremeció. Los sacrificios de sus padres sirvieron para que ellas recibieran una adecuada educación, libres y ajenas a lo que tomaban por horriblos recuerdos de una pasada prehistoria que nada tenía que ver con su tiempo actual.

Ahora disponían de su propio apartamento en la ciudad, a apenas una hora de tren de la casa paterna. Desde hacía un año cada una costeaba el suyo, no se lo habían contado a sus padres para no preocuparles, sabían además que no lo aprobarían. Almorzaban siempre juntas y si, por motivos de trabajo no podían verse algún día, se llamaban por teléfono al final de la jornada para intercambiar impresiones. Ruth sabía por su hermana de los avances conseguidos desde que aceptó el reto y firmó contrato con la Central Química Nuclear, fue poco después cuando decidieron adquirir un apartamento para cada una, innegable señal de que iban por cauce seguro. Desde entonces, Ruth se quedó sola a cargo de la Asesoría, desbordada de tareas, pero señal también inequívoca de que la suerte les sonreía. Envidiaba la valentía de su hermana y el afortunado salto laboral que le permitía cada mes engrosar la cuantía de su nada despreciable nómina. Blenda se lo contaba, mencionaba la calidad de medios, posibilidades de ascenso, hablaba de cifras crecientes a las que ella nunca tendría opción ni aún dedicando horas extras. Eran mellizas y siempre habían compartido todo, pero Ruth la quería, era su hermana.

Blenda le había comentado sobre el nuevo Director General de la Compañía, el señor Martín era un hombre joven proveniente de la capital del estado y que se había incorporado al puesto hacía unos

meses. En su calidad de Ayudante Técnico eran frecuentes las reuniones de su departamento con la Dirección y, ahora, el nuevo Director General se había animado a cumplir lo pactado y la había invitado a cenar, fiel a la política de empatizar con los integrantes de la Compañía.

Blenda invitó también a su hermana, aprovechaba así para evitar quedarse a solas con el mandamás bajo el pretexto de que conociera de cerca su entorno familiar. Blenda era más fría para eso, si no le gustaba el muchacho sólo por dinero era capaz de aceptar un compromiso. A Ruth le sacaba de quicio aquella interesada capacidad que tan óptimos resultados le proporcionaba a su hermana. Habían pasado la tarde en el apartamento, concentradas en la cocina para preparar los spaguettis a la carbonara como sólo ellas sabían aderezar. Ruth se ocupó del postre. Los aperitivos y segundos platos los encargaron a un restaurante cercano.

Poco antes de las nueve de la noche sonó el timbre y las dos hermanas, elegantes para la ocasión, recibieron con sincronizada amabilidad al invitado. La velada transcurrió agradable, con estudiado desenfado la conversación tocó áreas variadas desde política e historia social a la música y artistas contemporáneos televisivos. Amparada en un segundo plano, Ruth analizaba los gestos del Jefe de su hermana. Parecía una persona seria, casi rígida de principios, pero fuerte y apuesto, de una belleza escultural en sus rasgos, de ademanes lentos, que lo convertían en atractivo aún cuando su atlética constitución permaneciera en reposo. Influida por el cava, Ruth se atrevió a bromear con algún chiste sobre homosexuales, pero enseguida recobró la compostura. Sobre todo cuando el señor Martín se interesó por su trabajo, con tantas preguntas por sus preferencias y su bienestar a Ruth se le agrandaron los ojos y las expectativas. Blenda le hizo un guiño mientras recogía las copas, sí, a Ruth también le pareció entrever posibilidades, incluso no descartaba seguir los pasos de su hermana, aunque en algo no era igual a ella... Pero lo cierto es que aquel hombre le gustaba, quién sabe!...

Cuando se despidieron, Blenda y Ruth se emplazaron al día siguiente para intercambiar sus confidencias, ahora estaban bastante cansadas, pero Blenda allanó el terreno...

-...Ya me he dado cuenta, Ruth. Por mí, todo tuyo! Nunca tendría nada con un Jefe, ¿estás loca?...

Ruth albergaba más y más esperanzas:

-Tienes que citarle para repetir, iremos al restaurante de la Plaza... Ya hablaremos. Hasta mañana, Blenda!

Esa noche el señor Martín llegó tarde a su casa, nadie le esperaba. Sin atisbo de cansancio comenzó a desvestirse. La cena con aquellas chicas lejos de aburrirle le había servido de prueba para controlar todos los pormenores de la situación. Formaba parte de su misión, había sido entrenado para soportar y escrutar los más insignificantes detalles de las relaciones humanas. Sin embargo el efecto de las especias le obligó a emitir un sonido gutural que no pudo refrenar. Se aflojó la corbata y cedió también la presión sobre el cuello. Tiró de las orejas hacia delante despojándose de la fina tira de piel que le cubría el rostro y que, con cuidado, posó sobre el líquido de la bandeja en el lavabo, pues debería servirle para el día siguiente. Quedaron al descubierto sus brillantes escamas verdes, iridiscentes, perfectas y ensambladas. La aleta dorsal de su espalda se liberó en una erizada cresta, al tiempo que sus ojos vidriosos, de amarillo oro, estrecharon la pupila. Los efluvios del aromatizado aliento le obligaron a chasquear su larga lengua bífida sin lograr evitar que otro ruido gutural se escapase...

DIOSAS DE PIEDRA

El macizo montañoso emergía su pared majestuosa de piedra y marcaba, imponente, el final de la carretera. En el valle eran frecuentes las excursiones para contemplar tan admirable paraje, cada fin de semana se transformaba en un animado festival de vehículos, turistas o cazadores. Marlon se caló el sombrero hasta las cejas y resopló, para él aquellas montañas eran las diosas del lugar, hacía muchos años que escogió vivir a su amparo, sumergido en la frondosa ladera de su falda rocosa. Sin embargo, en esta ocasión eran los automóviles de la policía y de los periodistas los que perturbaban el habitual sueño en las inmediaciones de su cabaña.

A Marlon le pareció un tanto insolente el tono con el que el comisario se refirió a la montaña cuando le preguntó acerca del antiguo sendero que se adentraba en el bosque. Toda aquella historia del atraco y del fugado con el rehén internados en la espesura le sabía truculenta. Llevaba toda una vida a lomos de aquella cordillera, pocos como él conocían cada rincón, cada recoveco de la comarca con tanto atino, pero perderse por primera vez en aquel laberinto de riscos y simas no dejaba de ser una fatal locura. El trampero echó atrás su sombrero y escrutó la densa capa de niebla que ya ocultaba la cumbre.

-Si es cierto que están ahí dentro será la montaña quien decida...

Al comisario no le quedó clara la enigmática respuesta del trampero. Aquel fornido cincuentón desafiaba toda lógica con su estrafalario modo de vida en su cabaña al pie de la montaña, sin luz ni gas, tan sólo leña para alimentar la chimenea y ahumar las pieles que colgaban alineadas en el porche. Había oído hablar de él, en una ocasión recuperó sin ayuda de nadie toda una yeguada extraviada que se había escapado monte adentro, desde entonces se granjeó el respeto de sus paisanos. Pero el comisario no encontró el compromiso que le habían asegurado los lugareños para resolver aquel caso que colocaba a la comarca en las principales páginas de todos los noticieros.

El perseguido andaba escondido en algún rincón de aquella montaña. Después de desvalijar la sucursal bancaria a punta de fusil había secuestrado a su hijastro de once años, antes hirió a la madre del muchacho. En su desesperada huida no encontraron mejor refugio que atravesar a pie aquella cordillera fantasmagórica. El raptor maldijo el

empeoramiento climático que se sumaba a aquella cadena de desgraciadas circunstancias. La niebla se deshilachaba entre los árboles e imposibilitaba adivinar el rumbo próximo de sus pasos, además el joven muchacho tiritaba de frío y entorpecía la marcha con sus sollozos cada vez que el padrastro le empujaba a trompicones o le profería insultos amenazantes mientras le encañonaba. Sobre sus cabezas, los rebecos saltaban con agilidad entre las peñas y el hombre escudriñaba a su alrededor, inquieto, pues había que guarecerse antes de que la noche cayera. El muchacho ahogaba en cada gemido el recuerdo de su madre apuñalada y malherida, no soportaba los ataques repentinos que cada vez con mayor frecuencia acosaban a su tío y lo transformaban en alguien temible, peligroso. Esta vez, sin embargo, el calibre de la fechoría había sobrepasado todos los límites de la agresividad calculada. El joven se quejó del antebrazo después de que el padrastro lo arrastró para que avanzara, sollozó de frío y miedo. Se agachó para anudarse los cordones del calzado, pero le resultaba difícil articular los dedos. La niebla le empañaba también los ojos, sólo al levantar la vista se apercibió del impacto de la enorme roca despeñada sobre su padrastro... Hombre y piedra se sumieron en sorda caída precipicio abajo.

No fue hasta la mañana siguiente que el muchacho hizo acto de aparición en el lindero del bosque. Otra vez la cabaña de Marlon era un hervidero de agentes, la prensa acordonada disparaba sus frases al paso del joven envuelto en mantas. El comisario celebró el rescate ante los micrófonos, luego se volvió hacia el trampero:

-...No puedo agradecerle precisamente su cooperación.

Marlon no se inmutó, sin dejar de atusarse la barba, señaló hacia la cima...

-Ya se lo advertí, es ella la que decide...

Ambos dirigieron su mirada hacia las cumbres, coronadas de un halo neblinoso presidían el techo del valle. Desde su cetro de roca custodiaban una ley antigua nunca revelada, sólo conocida por las diosas del lugar...

UNA GRAN IDEA

No era para menos. Observaban atónitos el escultural cuerpo de la muchacha, que tumbada en la orilla dormía plácida, ignorante del vivo asombro que había despertado su figura entre sus jóvenes corazones. No es que antes no hubieran tenido ocasión de contemplar una chica desnuda sino que nunca entró en sus esquemas tenerla tan cerca y al natural. Sus ojos siguieron ensimismados el contorno curvilíneo de sus formas, se pasearon por su cadera, desde los muslos tersos hasta posarse en los senos ondulados, tan suaves que parecían. Richard, el cabecilla, no cesaba de disparar su cámara fotográfica con desenfreno.

-¡Es increíble!

Entre ellos también se cruzaban miradas, más de incredulidad que cómplices, casi se retrotraían al preciso instante en que se les ocurrió la gran idea... Lo habían planeado la noche anterior en el campamento, no estaban dispuestos a que aquella excursión se la tragara el aburrimiento y, todo el grupo de acuerdo, convinieron en escapar a la jornada siguiente y realizar por su cuenta la aventura que tanto ansiaban, lejos de guías y profesores y del montón de memos de la clase que estaban hartos de soportar durante todo el año. Se habían propuesto que aquel curso de medio ambiente se convertiría en una escapada inolvidable.

Cuando acabó la charla sobre las distintas familias de setas y se reanudó la marcha a pie, ellos se desviaron en la entrada de aquella gruta a través de la que podía vislumbrarse el otro lado, al final. En un descuido, cruzaron el umbral corriendo, conteniendo el aliento hasta explotar en risas una vez lograron zafarse del resto. Por fin solos! Los cuatro amigos habían conseguido salirse con la suya y esta vez lograron convencer a tres de las chicas de la clase más afamadas por su formalidad. Sin duda, al final de la tarde recibirían todos ellos una buena reprimenda del coordinador, pero estaban dispuestos a llevar a cabo su propia diversión. Con dieciséis años y lejos de los padres suele presentarse la inmejorable oportunidad para realizar lo imposible, ya habían dado el primer paso y no albergaban ninguna intención de volverse atrás.

Habían caminado durante horas entre risas, canciones y alaridos por lo que semejava la ladera descendente de una loma baja, se

entretuvieron entre unos árboles gastando bromas y burlándose de los compañeros, imitaban sus gestos al descubrir la estratagema de su desaparición. Después de reponer fuerzas con los bocadillos cargaron de nuevo sus mochilas a hombros y vadearon entre las grandes piedras de la costa hasta la playa. Hasta allí habían llegado como exploradores noveles en su primera misión de reconocimiento y, si bien les compensaba el mero placer de sentirse libres, solo por eso la experiencia bien había merecido la pena.

Fue justo cuando Silvia comenzaba a quejarse del daño causado por una de sus botas que revisaron la opción de regresar al campamento, sí, no habían contado con el final de la aventura. Pero entonces la cara de estupor del travieso Dyc, al percatarse que no se trataba de ninguna otra broma, les obligó a mirar hacia donde estaba señalando con insistencia. Se aproximaron aún más para dar crédito a sus ojos y allí, frente a ella, tan dormida y sensual, los siete excursionistas se deleitaron con la escena sin perder detalle. Sus facciones eran dulces, hermosas y tan grandes... Tan grandes que cuando la chica parpadeó en un intento por abrir sus ojos el grupo de muchachos huyó despavorido hacia una alta duna cercana. Desde allí, escondidos, continuaron espionando cada uno de sus movimientos...

La chica se despezó con un breve bostezo, estiró sus brazos con elegancia y se incorporó desplazando al moverse toneladas ingentes de arena que caían desde el cielo amenazando con sepultarles dentro de su escondrijo. Las gotas de agua a su vez formaban auténticas cascadas de caudaloso torrente que la enorme muchacha se sacudía mientras, con paso lento, se adentraba en el mar dispuesta a zambullirse en un baño reparador. Los chicos cruzaron miradas nerviosas entre sí y, temerosos, dirigían su preocupada inquietud hacia el cielo... Quién sabe lo que podría caerles desde allí arriba. Mientras, ellas se abrazaban en un desesperado intento por consolarse ante tal perplejidad sin conseguir del todo sobreponerse al espejismo del que habían sido principales testigos.

-No puede ser... -se atrevió a musitar Nelly.

-A lo mejor mide treinta metros! -gritó Frank.

-Sí, como la torre de Palm Ville... -aseguró Fred.

-Más todavía...

Estas últimas palabras las profirió Richard, el promotor de la genial idea. Sin embargo, no bien las hubo pronunciado se palpó con disgusto entre las ropas...

-...La cámara. He perdido la maldita cámara de fotos...

La muchacha gigante braceó aún unas yardas más, antes de alejarse caminando por la orilla a grandes zancadas con paso calmo, ajena a los diminutos vigilantes que, agazapados en una de sus huellas, no le quitaron la vista de encima hasta que su descomunal silueta terminó por difuminarse más allá del horizonte.

TRUENO DE AGUA

Mi nombre es Trueno de Agua, me llamaron así porque de joven una gran tormenta cambió el cauce del bosque y, debido al corrimiento de tierras que originó, mis raíces fueron a parar a lomos de una enorme roca sobre la pendiente que cae al río. Sin embargo, confinado en aquel risco, las ramificaciones más intrépidas de mis raíces hallaron el suficiente sustento para seguir creciendo y, aunque condenado en altura por el saliente de piedra que me obligó a crecer en sentido oblicuo, contemplo desde mi otero al resto de convecinos que habitan y gozan del borde florido del río. Ellos son hermosos, de tallo recto y liso, y sus hojas de un verde luminoso que se transparenta dorado cuando les baña la luz del sol. Desde lo alto los observo con resignado celo, nunca preguntaron, tal vez ni se apercibieron de lo que había a sus espaldas, pues tan entretenidos andaban en contemplar el reflejo de sus esbeltos cuerpos en el espejo del río. Su gesto indiferente aún les hacía parecer más elegantes y, a cual más engalanado, competían por destacar en arrogancia.

Los inviernos en la pared rocosa eran duros y fríos, y no dejaban de serlo durante el verano húmedo y sombrío, tan solo aliviados por el colorido exuberante de las ramas que poblaban aquella margen privilegiada del río. Incluso, los cazadores se apostaban entre sus gruesos troncos para lanzar sus despiadados disparos contra los grajos o cualquier otro ave que se refugiaba en el risco. La piel áspera y rugosa de mi tronco también guardaba cicatrices como recuerdo de algunos de ellos. Aprisionado entre las escarpadas rocas, mi aspecto tosco y retorcido no alegraba precisamente la vista, ni siquiera otro cataclismo natural podría poner fin a tal desconsuelo al que en ocasiones me sumía, acrecentado por la cercana presencia de árboles tan bellos. Condenado tan solo a eso, a refugio de alimañas o de algún que otro pájaro huidizo, deseé con fuerza que aquella maldita tormenta hubiera acabado bien del todo su trabajo... Pero fueron los cuervos. Ellos me sacaron del estado absorto en que me encontraba. Cuando los pájaros negros huyen es que algo extraordinario va a suceder. Y no se hizo esperar... Sonó como una cascada por encima de las copas de nuestras cabezas, el bosque entero alertó sus troncos, incluso hasta los más esbeltos de la orilla tensaron cada una de sus ramas para entender

el origen de aquel estruendo. Sí, aquel ruido semejaba a un trueno de agua que arrollara todo a su paso... Sonreí con ironía al descubrir la expresión, un trueno de agua... Pero duró poco la sonrisa, al igual que la belleza en el rostro de mis árboles hermanos que, con horror, observaron la ola de agua y lodo que se avecinaba contra ellos. Uno a uno, fueron doblándose y cayendo al lecho torrencial del río, ahora desbocado, que con furia se los tragaba, implacable. Se llevó la primera hilera que bordeaba lo que antes fue orilla, también se llevó la segunda y tercera fila de los árboles más altos y ensanchó su cauce fatal hasta una cuarta hilera, la más próxima al pétreo acantilado. Desde arriba contemplé la tragedia con estupor y una gran pena me hizo encoger aún más. Toda la humedad de la roca que me dio el sustento se transformó en lágrimas y lloré. Lloré por los que antes estaban, aunque nunca preguntaron, pero lloré por ellos. La riada se llevó sus cuerpos hermosos, el gesto brillante de sus hojas vivas, la elegancia de sus ramajes y la faz altiva que apenas unos instantes les adornaba. Desaparecieron de súbito corriente abajo, entremezclados y rotos, sucios de lodo hasta las hojas. El lecho del río extendió sus dominios hasta donde antes ellos habitaron y ese recuerdo se convirtió en otra cicatriz más que añadir a mi maltrecho pesar. Es inevitable recordar cuando pendiente abajo escucho las aguas del río chocar contra las rocas de la pared donde sobrevivo.

Más arriba sé que el bosque continúa, me lo contó un búho. En una noche de luna me habló de las altas copas que pueblan la meseta y de la leyenda que entre ellos circula, dicen que entre la montaña y el río un trueno de agua intercede por ellos, velando por su permanencia. Aquí, en este lugar tan solitario, no hay otro consuelo que la visita del grajo o los milanos, a salvo por fin de los cazadores. La temporada pasada anidó una pareja de águilas, la misma que ahora regresa a hacerme compañía. Eso es lo que significa Trueno de Agua, todo lo que sucede tiene una razón de vida.

LA VISITA

Debería haberlo adivinado a juzgar por el inicio de la jornada. Cuando el vehículo de adelante se detiene en las curvas, cuando el que habría de ceder el paso juega a limar veinte centímetros en veinte centésimas de segundo o cuando se cruza esa señora que tiene el paso cebra a menos de dos zancadas, sin duda se trata de uno de esos días tontos. Mis conocimientos automovilísticos no van más allá de una práctica prudente más pendiente de ayudar a flexibilizar el tráfico que de provocar alardes arriesgados, una buena conducción lo es si no entorpece, axioma extensible a otros órdenes de la vida, no crees problemas y no los tendrás, e incluso también aplicable al trabajo: no lograré todos los objetivos hoy, pero habré allanado el terreno para unos pocos de mañana... Sin embargo, estaba visto que aquel día comenzó atravesado desde el improvisado viaje, pero ineludible, que surgió la tarde anterior a raíz de una gestión colgada desde meses atrás y que, ante la inminencia de una reunión general de ciclo, era necesario actualizar. La visita a aquel cliente era decisoria para que los pequeños logros del mes salieran adelante con éxito y, sin más dilaciones, puse dirección a aquella ciudad que distaba más de doscientos kilómetros de mi lugar de residencia. Aunque tenía por costumbre desplazarme hasta allí siguiendo la ruta más llana, esta vez decidí sobre la marcha tomar rumbo por el puerto de montaña, que acortaba la distancia. Los temporales del mes pasado habían cesado y agradecería concluir cuanto antes esta gestión para regresar a casa.

Atravesaba el páramo cuando la tarde se echaba encima, en otra hora ya no habría luz del día por lo que aceleré aprovechando la circunstancia favorable de la ausencia de otros vehículos durante el trayecto. Resultaba dificultoso distinguir los letreros de la carretera y me encontraba dubitativo desde el cruce que, algunos kilómetros atrás, marcaba una dirección confusa. Luego, para colmo, el coche empezó a echar humo y me detuve. Todas mis horas al volante quedaron impotentes ante la nueva situación planteada, pues desconocía las básicas nociones de mecánica que me permitieran continuar mi camino. No, no era un buen día, la batería del teléfono móvil no tenía cobertura en aquellas latitudes, además no sabía a quién llamar, no quería preocupar a nadie en casa, pero tampoco podía pasarme allí el

resto de las horas. La noche ya cernía sus oscuros nubarrones y un viento gélido barría la cuneta, desnuda de árboles donde guarecerse, así que entré al coche, al cobijo del escaso calor restante. Andaba ensimismado rebuscando entre los papeles de la agenda un número de teléfono que apareciera fortuito en mi ayuda cuando me pareció escuchar el sonido de los campanos, sí, cada vez iba creciendo y haciéndose más nítido hasta que al poco pude vislumbrar la silueta clara de las ovejas que atravesaban la calzada... Me apeé con cierta premura y sin dificultad descubrí la figura del pastor entre ellas.

-¡Oiga, amigo!... ¿Puede ayudarme?

El pastor me observó desde el fondo oscuro de sus ojos. Era un hombre joven a pesar del tosco aspecto desaliñado que presentaba. Sin detenerse, dejó escapar unas palabras secas...

-Sígame. Si se queda ahí morirá congelado.

Por un momento me aterró la idea de seguir campo a través a un desconocido, pero había algo en su desinterés que me concienciaba del riesgo sobre el que me advertía. Cogí de la guantera la documentación del coche y la carpeta con papeles de trabajo y lo seguí, tropecé varias veces con los mojones del terreno hasta conseguir ponerme a su lado y no paré de hablar, de intentar explicarme...

-...Mire, oiga, necesito llegar al pueblo esta noche porque mañana...

El murmullo del rebaño ahogaba el sentido de mis palabras e incluso me pareció hermoso aquel susurrar de los animales en la oscuridad, había algo de familiar en él, el soniquete armonioso de los campanos al unísono de los pasos, hombres y bestias hermanados bajo una noche estrellada. Andamos sin noción de tiempo ni distancia, confiado sin remedio a la directriz de aquel guía ocasional, preferí pensar que siempre sería mejor solución que esperar a solas un milagro. Por fin distinguí lo que eran unas ruinas de una antigua edificación, tal vez un vivienda en otro tiempo, ahora un refugio para pernoctar.

-Hemos llegado.

El pastor acondicionó el lugar con rápidos movimientos, sin duda había estado antes ahí, sabía dónde colocar y dónde encontrar cada utensilio. El perrillo pastor de raza indescifrable zarandeaba la cola a mis pies.

-...Es un rufián. Póngase cómodo, tenga...- el pastor tendió una esterilla sobre la que me acosté, dentro de la cabaña, de espaldas al muro de adobe. La techumbre dejaba el cielo al descubierto, pero al menos no llovía, suspiré resignado para mis adentros. Observé los

movimientos ágiles, lentos y estudiados de aquel hombre sin más hogar que la tierra del páramo para quien las prisas o los horarios carecían de fundamento. En un santiamén brillaba un fuego acogedor que repartía sombras entre las paredes abandonadas de lo que iba a ser mi inesperada noche al aire libre. Me envolvieron sentimientos de cuando muchacho, de algunas excursiones montaraces a pie de hoguera entre canciones, risas y alcohol. Cuando el pastor me ofreció la torta recién sacada del horno me pareció que nunca antes había probado manjar comparable. Luego, en una cazuela de barro untamos pan duro y me chupé los dedos, pringados de migas en aquella salsa sobre la que no me atreví a preguntar. Un calor cosquilleante acarició los estómagos y, apoyado en el muro, desistí satisfecho de hacer entender lo importante de mi labor en la mañana siguiente... El perrillo relamió el fondo de las cazuelas de barro mientras nos dedicaba rápidas ojeadas a la espera de alguna señal intencionada. Ahora más sosegado me decidí a encaminar el rumbo de la conversación por otro derroteros, más amable, pregunté:

-¿Cómo se llama?

-Rufián.

No había mucho más que pedir ni tampoco que esperar, allí teníamos de todo para combatir el frío, el hambre y la soledad. Un amplio silencio hablaba por nosotros sin necesidad de obligarnos a cumplir. A la luz de la mañana siguiente procuraría el modo de alcanzar algún lugar desde el que alguien me trasladase a la ciudad, volvería después a por el vehículo, quizás este imprevisto retrasase algo más de lo proyectado mi tarea, pero dadas las circunstancias no había otro modo de arreglar la situación sino paso a paso y a su debido tiempo. Quizás fue el vino, pero comencé a hablarle a aquel pastor como si le conociera desde mi tierna infancia, como cómplices muchachos de barrio, antes de la universidad y después, cuando buscar trabajo era otro trabajo en sí mismo y cuando acabé mi relación con Yoli a causa del traslado. Podría hoy contar con mi propia familia, un hogar, quién sabe, niños incluso, no me desagradaban, pero ella había dejado de ser ya el horizonte de mis proyectos a causa de mi desmedido afán por liberarme de cualquier tipo de ataduras... Noté que estaba poniéndome triste y de reojo observé el gesto imperturbable del pastor que, apoyado en una viga, escudriñaba el cielo...

-...Mire, esa es nueva... -el pastor señalaba con su dedo índice la estrella que lucía con fuerza entre las demás. Pensé que para alguien acostumbrado a distinguir y conocer cada una de sus ovejas hasta por

su nombre tampoco habría de resultar complicado aclararse entre aquel rebaño de estrellas que jalonaban el firmamento nocturno. El cielo estaba claro, diáfano, de inusitada transparencia como pocas veces había reparado antes en ello... La voz del pastor sonó suave, acoplada al murmullo del campo, sin estridencias:

-Póngale un nombre...

Lo miré extrañado, pero me divirtió el juego y me sumí en hondas divagaciones hasta creer haber hallado el más apropiado. Sin embargo con un gesto brusco me tapó la boca...

-No, no lo diga. Es suyo.

Atribuí al vino los efectos de aquella graciosa situación y con ánimo de limar asperezas dejé que el sueño me invadiera por completo, necesitado ya de ponerle descanso a una jornada tan ajetreada.

Mi despertar sin embargo también dejó de ser algo previsible. Cuando me incorporé el amigo pastor ya había movido los hilos para desenmarañar el enredo donde quedé atrapado. Me presentó al lugareño que con su camión se había acercado a recogerme para llevarme al pueblo y de allí al servicio técnico que reparó el vehículo en aquella tarde. Pude visitar a mi cliente mientras lo arreglaban en el taller y esa misma tarde estaba de regreso a casa.

Este fin de semana cogí la prensa como de costumbre y me detuve en la última página ante un diminuto artículo que informaba del hallazgo de una nueva estrella. Curioso, ojeé el suplemento que ampliaba en extenso la noticia. Habían descubierto una estrella, la llamaban supernova, con un nombre de esos raros compuestos por siglas y números que tanto atraen a los científicos. Afirmaban que su paso por la órbita terrestre se sucedía cada cincuenta años y que sólo con telescopios de alto diseño tecnológico podía ser observada. Por un breve instante, fugaz, me vino a la mente la figura del pastor, su estela brillante y, en silencio, repetí aquel nombre callado que sólo era mío, mío... Busqué en el bolsillo del abrigo el teléfono que sonaba intermitente y contesté:

-¿Sí, quién es?...Yoli! ...Sí, Yoli, ven. Te espero, te quiero! ¡Yoli, te quiero!

CONTRA EL CIELO

A Marcela la traicionaron los nervios. De tanto revolver con la cucharilla temblorosa terminó por derramar la taza de café. La camarera se aprestó rápida a limpiar la mesa.

-¿Le traigo otro, señora?

Pero Marcela optó esta vez por una infusión de poleo.

Había estado observando a la chica que se apoyaba en el mostrador. A esa hora de la noche el mesón cobraba ambiente de fin de semana y, aunque era un bar de carretera, los jóvenes hacían escala de camino a la zona caliente de la ciudad cercana. Incluso si uno cruzaba a pie la gasolinera podía encontrar a un paso los enormes jardines que precedían el centro urbano. Marcela solía parar en aquel local desde no hacía mucho, solo a tomar algo con el pretexto de estar rodeada de gente y no condenarse a quedar encerrada en su casa también los sábados por la noche. Durante los últimos meses había sido tal el caudal de conflictos a los que tuvo que enfrentarse que aquella escapada solitaria servía para refrescar el recuerdo de cuando con menos años salía a divertirse con sus amigas. Ahora, sin embargo, se encontraba sola, a decir verdad lo estaba desde hacía bastante tiempo. Desde que comenzó con los trámites de separación su vida había dado un giro, aquello ni le divertía ni siquiera le ayudaba a distraerse, pero al menos se obligaba a no aislarse, consciente de agotar cualquier vía posible de arreglo. Siempre fue muy consciente de sus límites, incluso con su marido, antes de conocer a Dave y después, cuando acabó por desvelarse en toda su mediocre malicia. Su fortaleza de carácter, sobre todo su amor, sí, esa fue la causa, pero al menos así ella lo entendía, un amor se entrega fiel, desinteresado, sólo que le falló con Dave; si se propuso hacerle cambiar consiguió tan solo descubrir el lado más turbio de la persona por la que había apostado. Ahora estaba pagando las consecuencias, en breve su relación quedaría anulada por la ley y ella estrenaba ya los primeros pasos para rehacer lo que era su propio proyecto.

Le atrajo el exotismo de aquella muchacha que, rígida frente al mostrador, le daba la espalda. El corte de pelo era el que ella siempre había soñado, pero nunca le sentó bien cuando lo intentó años atrás, antes aún de casarse con Dave. Entonces se entusiasmaba con esas

pequeñeces, con el estilo de los peinados y el modo mejor de sacar partido a sus encantos. Luego, al contrario, el amor, sí, eso fue, hizo pasar a segundo plano esas chiquillerías, para centrarse en su relación de pareja. Ahora daría cualquier cosa por disfrutar de una cabellera tan bellamente moldeada, ella lo tenía de color más castaño que la muchacha del mostrador, de negrura brillante, pero le resultaba envidiable. Entonces la muchacha se giró en dirección a la puerta de salida, se apoyó en un largo bastón blanco y tentó el suelo con varios toques repetitivos antes de salir del bar, afuera esperaba sentado un gran perro parduzco al que la muchacha se asió para atravesar la carretera en compañía... Tal vez debido al impacto de tal hallazgo o tal vez debido al aroma que desprendía la infusión de menta recién servida, Marcela se incorporó para salir tras los pasos de la chica invidente... La distinguió cruzando la distancia entre la gasolinera y el bosque, lenta, pero siempre erguida. El animal, bien adiestrado, descansó en dos ocasiones para esquivar los vehículos. También ella se adentró en los jardines, guardando una prudencial distancia hasta que la frondosidad de los árboles hizo que les perdiera la pista.

No sabía qué le impulsó a ello, quizás fue algo más que curiosidad. Tan solo podía escuchar dentro de sí las palabras de su hermana, la única allegada que le quedaba aunque ahora vivían fuera. Justo entonces empezaban los problemas con Dave, el menor de tres hermanos y quien cuidó de sus padres hasta el final, no por amor, no, logró con ello sacar la mayor parte de la herencia a su favor, restando las partes de sus hermanos, quienes exigían para sí la igualdad que en vida tanto habían predicado sus suegros, demasiado viejos ya para otra batalla. Aquello supuso la ruptura con la familia, ella luchó por hacerle ver a su marido las implicaciones de su error, pero sucumbió, no había sido capaz de entender que los sentimientos no se compran. También sucumbió cuando su hermana le pidió la ayuda de las influencias de Dave para colocar en el trabajo a su sobrina, ella mintió, sí, por amor, porque quería al hombre con quien se había casado y su hermana querida, su única familia, pretendía un imposible...

-No se puede contra el cielo... -exclamó su hermana resignada. Fue poco antes de que marcharan al interior, a muchos kilómetros de donde ellas se criaron.

Ahora estaba sola en un oscuro bosque jugando a perseguir fantasmas... Le pareció oír un crujido y se parapetó tras un grueso tronco para observar. Sí, allí estaba la muchacha, se había despojado de la gabardina y lucía un llamativo traje de cuero, muy ceñido y

escotado; arrodillada, acariciaba el cuello de un hermoso lobo negro con cada brazo. Marcela se ocultó asustada, sin dejar de contemplar la escena... Pero la habían visto, la muchacha la estaba mirando fijamente y ella rezó, sí, dios sabe bien que rezó para que la chica no soltase a aquellos animales. Sus ojos eran impresionantes y también los de las bestias, entre ellos se intercambiaban fulgurantes brillos y hablaban, sí, también los lobos, aunque Marcela era incapaz de comprender nada de aquella endemoniada jerga. Por fin la muchacha pareció susurrarles algo al oído y, sin dejar de mirarla, lanzó a los lobos contra ella...

Marcela no había podido gritar aunque lo intentó, sólo un golpe frío le sacudió el rostro. Luego comenzó a distinguir las figuras, agachados junto a ella, la camarera y un señor la preguntaban al tiempo que aconsejaban a la muchedumbre agolpada que dejaran espacio para respirar. El local estaba de par en par, fue una casualidad que hubiera en ese momento allí un médico. Ella descansaba su cabeza en el suelo sobre uno de los cojines de los asientos, le habían destapado la blusa hasta la cintura, pero el sujetador ocultaba aún sus intimidades. A los pies otro cojín doblado se los mantenía en alto. La camarera trajo otra compresa húmeda que el médico aplicó en el rostro...

-Por favor, no se amontonen alrededor! Y abran las puertas...

-Estaba rara, tiró el café primero y luego se desmayó... -explicaba la camarera, nerviosa, al señor que la atendía.

-Señora, ¿puede oírme? ¿se encuentra bien?... Ya, ya reacciona...

A Marcela la traicionaron los años, se había hecho mayor, estaba sola, no hay dinero capaz de comprar los sentimientos, nada se puede contra el cielo...

-...Sí, sí, pero déjenme un poco más... -acertó a musitar.

MIL METROS LIBRES

Cuando sonó el teléfono acababa de acicalarse el bigote que le había acompañado en sus últimos veinte años de abogacía. Sin soltar las tijeras atendió la llamada con la otra mano...

-Entendido, acudiré de inmediato.

La prisión de alta seguridad de Sacramento queda a apenas diez minutos de autovía desde el núcleo urbano, elevada sobre un minúsculo promontorio goza de uno de los enclaves geográficos más idílicos y seguros que puede desearse para este tipo de construcciones. A la orilla del mar, del que le separa tan sólo una banda ancha de arena, la prisión se erige en obstáculo insalvable frente al paisaje.

Rodolfo Mantini era uno de estos cientodoce privilegiados. Desde el ventanal superior de su celda podía disfrutar del inmenso horizonte marino e, incluso, llegaba a atisbar parte de la playa que desembocaba en la franja costera. De las conversaciones con otros reclusos sacó la conclusión de que, paralela a ella, transcurría el ramal de una autovía cercana, pero que si uno atravesaba la playa en todo su largo, con sólo cruzar la carretera podía adentrarse ya en la población y, una vez allí, acceder a un vehículo o a la estación de trenes resultaría aún mucho más fácil. Claro que estas últimas cavilaciones ya formaban parte de su cosecha propia pues con nadie compartió la urdimbre de su plan. El mes anterior su compañero de celda contigua, un ex director bancario, apareció con un nudo de sábanas atado al cuello y, si algo tenía claro, era que no estaba dispuesto a sucumbir a aquel lento martirio sin ofrecer resistencia. Le ayudaba aquel océano vecino, el rumor de olas que cada noche mecía en calma las inquietudes que durante la jornada desgastaba en tramar una vía de escape.

Se había estado preparando durante años, alguno menos de los que llevaba encerrado, pero más de los que pensaba permanecer allí, pues su condena nunca le permitiría salir. A sus cuarenta y cuatro años la forma física era un objetivo que recuperar, aunque sin demasiado sacrificio pues, si bien en los últimos años de la universidad las tareas del profesorado le mantuvieron en exceso ocupado, tampoco le impidieron dedicar tiempo al equipo de baloncesto del que era tutor. Así que, con unos estiramientos y una serie de ejercicios practicados

con regularidad terminó de ponerse a punto, consciente de que una playa de apenas un kilómetro lo separaba de la libertad.

Le preocupaba más escoger el momento apropiado y, sobre todo, aguantar y esperarse al día señalado; debía ser noche cerrada y las últimas mareas vivas de Septiembre tenían como culpable a una luna esplendorosa y radiante... Por eso, cuando se vió al otro lado del muro sabía que no tenía tiempo que perder. Tampoco podría correr paralelo a la orilla pues las olas delatarían su figura, así que emprendió la carrera por en medio de la playa, a través de aquella pista de arena de mil metros, distancia suficiente para dosificar y aumentar gradualmente el esfuerzo y la velocidad. En los cien primeros metros cogió tono, luego acrecentó la intensidad, era cuando había que entregarlo todo. La velocidad se nutre de su propia inercia acumulativa y, a su vez, la energía desarrollada se multiplica en progresión geométrica hasta alcanzar un clímax crítico, trepidante, capaz de mantenerse otros centenares de metros y que suele coincidir con el instante previo a la entrada a la meta. Dentro de aquella oscuridad, sin embargo, el suceder ininterrumpido de rápidas zancadas estalló de improviso en el punto más álgido de la trayectoria...

Cuando el abogado llegó a la prisión aparcó al borde de la playa. Durante el trayecto vino repasando en su mente los recuerdos de aquel caso del catedrático de Historia y Arqueología que le tocó resolver en su día. Solamente testificó a su favor la casera, aquella señora relató el alma caritativa de su cliente cuando recogió un perro atropellado y lo llevó a una clínica veterinaria para que fuera atendido. Sin embargo, al Jurado le impresionó más el hallazgo de la familia del catedrático, asfixiada en el interior de su coche por los gases de una segadora. Rodolfo Mantini nunca se autoinculpó, tan sólo se limitó a callar. Nunca más habló.

El abogado se acercó al grupo de policías de la Unidad Central Operativa que examinaba los restos en mitad de la playa. Junto al cadáver del fugado un peñasco de arista rugosa emergía de la arena, desafiante. El cuerpo mortalmente herido de Rodolfo Mantini estaba marcado por el corte fatal del encuentro con aquella roca. El abogado identificó afirmativamente el cadáver de su antiguo cliente, luego un capitán le explicó las circunstancias del brusco choque en la oscuridad más completa y, señalando a la policía científica, dejó entrever que la historia no acababa ahí.

Fue en los meses sucesivos y a través de la prensa que el abogado se enteró de los nuevos avances. Antes, fue preciso recabar los

correspondientes permisos, pues aquella enorme roca sembrada en medio de la playa formaba parte de la sempiterna geografía de Sacramento. Cuando las excavadoras removieron el lugar fueron apareciendo los otros restos que ocultaba aquella punta de iceberg, correspondían a las segundas ruinas mayas -que se conozcan-construídas en la orilla costera. El abogado pensó que Sacramento ya había empezado a cambiar, quizás dejaría de ser el sitio tranquilo que antes fue. Dobló el periódico, mientras sonreía inexpresivo por su reflexión...

-...¡Al final todos consiguen su sueño!

F I N

EL AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Cursó estudios de Filología Hispánica y ha publicado “Escritos Para Vivir” (1998), su primer libro de poemas; “Era Un Bosque” (2004) y “A Media Distancia” (2006), de narrativa breve. En la actualidad trabaja en una selección de relatos donde la prosa adquiere una dimensión poética emocional.

El autor:
luistamargo@saludalia.com

** Colección “Son RELATOS”: (c) Luis Tamargo, 2004.-*

SANTANDER
2004

*Se acabó de imprimir
el día 27 de Agosto de 2004
en Santander.*